

**PANEL:**  
**La mujer en el psicoanálisis:**  
**trayecto histórico y epistemológico**

**Relatora:** • **Dra. Rosario Allegue**

**Panelistas:** • **Dr. Jorge I. Rosa**

• **Psic. Julieta Lagomarsino**

• **Psic. Mirian Núñez**

• **Psic. Adriana Anfusso, Psic. Yolanda Fazakas, Dra. Vera Krecel,**  
**Psic. Esperanza Martínez, Psic. Liliana Saibene**

• **Dra. Juana Debellis de Garin**

• **Psic. Rosario Vaeza de Martino**

• **Lic. Raquel Zieleniec**

• **Lic. Mabel Burin**



*Pareja. Käthe Kolwitz*

**Dra. Rosario Allegue**  
Libertad 2647/301.  
Tel. 78 47 03

**Dr. Jorge I. Rosa**  
Libertad 2647/301  
Tel. 78 47 03

**Psic. Julieta Lagomarsino**  
21 de Setiembre 2819/703  
Tel. 70 92 45

**Psic. Mirian Núñez**  
Achiras 1379 - Tel. 79 02 39

**Psic. Adriana Anfusso**  
A. Zum Felde 1738 A.6  
Tel. 69 52 60

**Psic. Yolanda Fazakas.**  
Guipuzcoa 485 - Tel. 70 13 15

**Dra. Vera Krecel**  
Carlos Travieso 5837  
Tel. 60 68 53

**Psic. Esperanza Martínez**  
Rep. Francesa 762  
Tel. 38 04 17

**Psic. Liliana Saibene**  
Líbano 1266 - Tel. 60 41 04

**Dra. Juana Debellis de Garin**  
Siria 6195 - Tel. 60 40 48

**Psic. Rosario Vaeza de Martino**  
Gabriel Pereira 3264 apto.705  
Tel. 79 55 93

**Lic. Raquel Zieleniec**  
Sanlucar 1500 - Tel: 60 32 56

**Lic. Mabel Burin**  
Rep. de la India 2823  
Buenos Aires



Los invitamos en este panel a recorrer parte del trayecto que hicimos en estos años, los integrantes de los seminarios de sexualidad femenina de AUDEPP. Les proponemos entonces, un recorrido histórico-epistemológico que nos pueda ubicar en las principales teorías psicoanalíticas sobre el tema, no con el propósito de exponerlas en su totalidad, sino con la intención de señalar, por un lado, las teorizaciones que marcaron distintos momentos del desarrollo del pensamiento en torno a esta temática y, por otro, realizar un análisis crítico de las mismas.

En primer lugar, intentemos ver desde dónde ha pensado el psicoanálisis las identidades y las diferencias. La identidad Hombre; la identidad Mujer. Desde qué campo epistémico es pensada la diferencia que para nuestra disciplina es diferencia sexual.

Me parece oportuno señalar la situación del Hombre en la época clásica. En un mundo de representaciones, las actividades del hombre serán hablar, clasificar, intercambiar en esta época de diccionarios y enciclopedias, pero el hombre como tal estará ausente.

*Dice Levy Strauss en el Seminario «La Identidad»: «El pensamiento clásico y todos aquellos que lo precedieron, han podido hablar del espíritu y del cuerpo, del ser humano, de su lugar tan limitado en el universo, de todos los límites que miden su conocimiento o su libertad, pero ninguno de ellos ha conocido al hombre tal como se da en el saber moderno. El humanismo del Renacimiento o el racionalismo de los clásicos han podido dar un buen privilegio a los humanos en el orden del mundo, pero no han podido pensar al Hombre».*

A partir de la época moderna y teniendo a Descartes como centro del pensamiento comienzan las filosofías del sujeto y surgen las ciencias humanas.

El pensamiento moderno busca al HOMBRE, piensa al HOMBRE que no tiene otra medida que él mismo. Será pues un pensamiento que no reflexiona sobre identidades y diferencias, sino que tratará de develar **LO MISMO**.

Como señala Ana María Fernández: Este no reflexionar sobre la diferencia lleva a homologar lo genérico humano con lo masculino,



*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

el HOMBRE con el hombre. Esta organización del saber implicará ver de una manera jerárquica lo otro, lo diferente y a pensar desde determinadas ecuaciones simbólicas de la diferencia HOMBRE = hombre; DIFERENTE = inferior.

**LO MISMO** siempre será el eje de medida; positividad.

**LO OTRO** será margen, negatividad, doble, sombra, reverso, complemento.

**LO MISMO** al no poder pensarse nunca como **LO OTRO** se ha transformado en **LO UNICO**.

En el marco de este pensamiento moderno surge la teoría de Freud que es capaz de darle estatuto teórico a la alteridad: la teoría del Inconsciente, los sueños, los lapsus, los actos fallidos, etcétera. Freud descentra el campo de la conciencia, dando lugar a esa alteridad del Inconsciente. También en lo referido a la sexualidad humana que deja de ser instinto del orden de la especie para inscribirse en el orden del deseo fundado en los juegos fantasmales inconscientes (Ana Ma. Fernández).

Esto es idéntico para hombres y mujeres. Sin embargo, esta conceptualización no es así cuando se trata de la sexualidad femenina.

A pesar de que en su conferencia «La Femenidad», Freud intenta acercarse a delimitar el tema, el problema de la diferencia sexual aparece como un punto ciego de la teoría psicoanalítica en esa época. Dice Freud: «A la peculiaridad del Psicoanálisis corresponde entonces no tratar de describir lo que la mujer es -cosa que sería para nuestra ciencia una labor impracticable- sino investigar cómo desde la disposición bisexual infantil surge la mujer».

En el tema de la sexualidad femenina es clásico describir en el inicio la existencia de dos escuelas que sustentaron posturas diferentes referidas al mismo.

1 - LA ESCUELA VIENESA, representada por Freud y las opiniones de un número de psicoanalistas mujeres cercanas a Freud: Jeanne Lampl de Groot, Helena Deutsch, Ruth Mack Brunswick, Marie Bonaparte, Lou Andreas Salomé.

2 - LA ESCUELA INGLESA, representada fundamentalmente por los trabajos de Josine Müller, Ernest Jones y Melanie Klein.

Según la opinión de Marie Langer, habría una postura teórica intermedia -la de Karen Horney- que si bien compartía los postulados freudianos, hacía una crítica a los mismos ya que *«consideraba como inverosímil y un enfoque poco científico suponer que la mitad del género humano estaría a priori desconforme con su sexo»*.

El Dr. Jorge Rosa nos hablará de *«Freud: Un hombre de su tiempo»*.

“Es para mí un gran honor el que la Comisión Organizadora de estas jornadas me haya invitado a participar en este panel, por lo que quedo muy agradecido.

Y pensando cuál podría ser mi aporte al encarar el pensamiento freudiano en relación a la mujer, me vi reflexionando si el nombre de estas jornadas, *«La mujer desde el Psicoanálisis»* no deja ya planteadas algunas interrogantes. ¿Puede el Psicoanálisis dar cuenta de la mujer? ¿o del hombre? Seguramente el *«desde»* del título marca que no es ésta la pretensión. El psicoanálisis nos brinda una lectura privilegiada de los fenómenos humanos, pero necesariamente parcial. Freud mismo tampoco tuvo nunca el propósito ni la convicción de poder explicar todo lo que sucede en el mundo a través de él.

Quizás pueda intentar entender lo femenino en su especificidad psicológica, que creo la tiene. Pero pensar en una determinada lectura de los fenómenos psíquicos no significa que creamos que estamos hablando de fenómenos inmutables. Los seres humanos somos animales con cultura, y estamos determinados por ésta. ¿Cómo pensar en un desarrollo psicológico que no sea producto de una interrelación entre los condicionamientos biológicos y el medio?

En una lectura, caeríamos en un determinismo anátomo-fisiológico que no da cuenta de lo propiamente humano. En el otro extremo, la psicología aparece como



*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

un producto espiritual, pensable con prescindencia de su aspecto material.

Se trata entonces de postular que el pertenecer a una cierta especie nos da una determinada potencialidad, algo así como un rango de conductas posibles, que seguramente son, a su vez, respuesta a la estimulación del medio en algún momento de nuestro pasado. De lo que se trata es de analizar cómo inciden las condiciones concretas en las cuales un individuo se desarrolla en la organización de su psiquismo.

En una palabra, afirmamos que no existe una psicología en abstracto, sino que ésta responde siempre a condiciones concretas de vida y desarrollo.

Estas precisiones son imprescindibles, porque nos introducen a un tema clave para la comprensión del Psicoanálisis: el de su estatuto científico. Mal comprenderíamos el Psicoanálisis si tuviéramos la noción de un objeto de estudio fijo, inamovible. La esencia del mismo está dada por la movilidad del sujeto y el objeto en cuestión. Pero en la medida en que ambos están inscritos en una determinada estructura social, con sus condicionantes históricas, culturales, económicas, etc., ninguno de los dos puede prescindir del aspecto ideológico. Es entonces el Psicoanálisis, y seguramente todas las disciplinas que tratan de lo humano, una ciencia ideologizada. No existe el estar fuera de la ideología. Nuestro modelo de cura, y por más esfuerzos que hagamos, algún modelo tenemos, no puede nunca prescindir de aquello que está en mayor o menor medida normatizado.

Hemos afirmado en otro lugar que desde el punto de vista de la técnica debemos separar los conceptos de abstinencia y neutralidad.

Lo anterior nos permite introducirnos al pensamiento freudiano, para poder comprender su obra en su enorme dimensión ética y liberadora y también en los

límites que su pertenencia a un tiempo concreto le marcó.

Nosotros pensamos que Freud inaugura en relación a la mujer algo mucho más fundamental que la discusión de los aspectos concretos de su teorización al respecto: inaugura la Escucha, puesto con mayúscula. Sus histéricas, que tanto nos enseñaron, gritarán a la sociedad en su conjunto, hombres y mujeres, que hay algo que no se tolera más, que tiene que salir por algún lado (el síntoma, p.ej.) y que los demás deben mirar, para su angustia o perplejidad, pero no indiferencia. Emilce Dio habla de feminismo espontáneo, de reclamo de esta mujer oprimida que a través de su síntoma nos dice que hay algo que se le ha asignado que no acepta, que hay una exigencia en este síntoma. Freud se convierte en interlocutor de este reclamo. Juliet Mitchell dice, y nosotros lo acompañamos: *«Cualquiera que sea la forma en que se lo haya utilizado, el psicoanálisis no constituye una recomendación para una sociedad patriarcal, sino un análisis de la misma. Valores, conductas, claroscuras van a surgir, cual personajes chejovianos, a través de locos, homosexuales, neuróticos, que por primera vez se intentará comprender en su sufrimiento».*

Toda psicopatología implica una normatización, pero estamos convencidos de que el uso ideológico de ciertos conceptos trasciende el espíritu abierto del intento freudiano.

No podríamos entender la situación de la mujer hoy, sin el hálito liberador del psicoanálisis. Con él, la prohibición y el goce cambian de estatuto en la sociedad. Los límites entre normalidad y anormalidad son desdibujados, lo cual termina abriendo brechas en los roles estereotipados y transmitiéndose en el entramado social como mayor permisividad entre las conductas que salen de las normas. El lugar de la fantasía da entrada al discurso científico sobre el erotismo, fenómeno pro-



*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

piamente humano. Pero las pulsiones no tienen sexo y las mujeres tienen algo que decir sobre esto. ¿No es con Freud, acaso, que las mujeres comienzan a ser reconocidas como sujeto de deseo? También aquí Freud nos diría que los poetas lo sabían hace mucho tiempo. Pero se trata de que esto se convierta en un valor de la cultura y que dé lugar a modificaciones jurídicas y vinculares.

Las ideas sobre el tema, que Freud ha desarrollado a lo largo de muchos años, podemos encontrarlas terminadas en su trabajo *«La Femenidad»*, de 1932. En él, Freud plantea el tema de la bisexualidad, que considera inherente a todo ser humano. Equipara viril con activo y femenino con pasivo. Pero esto no es lo mismo que hablar de pasividad en la mujer. Dice: *«Se podría decir que la feminidad se caracteriza por una tendencia hacia fines pasivos. En efecto, a veces es necesario desplegar gran actividad para alcanzar fines pasivos»*. Refiriéndose al masoquismo femenino dirá *«las reglas sociales y su propia constitución obligan a la mujer a rechazar sus instintos agresivos»*. Queremos destacar el lugar de lo social en este planteo.

La niña y el varón recorren el mismo camino en su evolución. Al comienzo del estadio fálico no hay diferencias. *«La niña pequeña es como un pequeño varón»*. Sin embargo, antes había dicho que la niña pequeña es menos agresiva y porfiada que el varón.

La maduración femenina necesita de un doble camino: de zona erógena y de objeto.

A partir del estadio fálico, la niña sentirá hostilidad hacia su madre. La visión de los genitales masculinos dará lugar al complejo de castración, base de la hostilidad. Así nace la envidia del pene. Este descubrimiento la llevará hacia la neurosis, con inhibición sexual, un trastorno caracterial (virilidad) o la sexualidad normal. Para que esto último se dé, debe renunciar a la masturbación clitoridiana, es decir, su actividad fálica. Esto



abre el camino hacia el padre. Al principio ligado a la envidia del pene, desea recibirlo de quien lo tiene, pero la situación edípica se establece cuando el deseo de tener un pene es sustituido por el deseo de tener un hijo.

Si el complejo de castración la empuja hacia el Edipo, la mantendrá largo tiempo en él, lo que significa que no edificará un Super Yo poderoso e independiente. Recordemos que la angustia de castración es en el varón la condición para la salida del Edipo y la construcción del Super Yo.

La discusión de estos conceptos es compleja, porque no implica solo hechos observables, sino, como ya fue señalado, la ideología del observador. Nos debemos negar tanto a una aceptación irreflexiva, como a una negación que tenga una finalidad demostrativa proveniente de otros campos, como la sociología o la política.

Hecha esta salvedad nosotros pensamos que estos planteos, inevitablemente, están atravesados por una concepción jerárquica de las diferencias. En esto Freud paga tributo a una sociedad de clases, imperial y colonialista en la cual lo distinto es inferior. Coincidimos en que el Super Yo femenino es menos rígido que el masculino, pero lo esencial es que es distinto. Y también coincidimos en la existencia de la oposición fálico-castrado, pero de este hecho clínico nunca puede inferirse que «*la niña pequeña es un varoncito*». De lo que se trata es de niveles de organización diferentes y, por lo tanto, potenciales evolutivos también diferentes.

Freud comete, a nuestro entender, un error epistemológico al abandonar momentáneamente su pensamiento dialéctico y sumergirse en una lógica binaria en la que la afirmación de algo implica la negación de lo otro. La brevedad del tiempo nos obliga a finalizar con este punto, pero queremos agregar un comentario sobre otro elemento muy discutido. El del cambio de zona erógena, del clítoris a la vagina. Nuestra lectura de Freud



*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

no nos permite inferir las consecuencias que de estas ideas se han sacado. Freud no dice que una mujer no puede tener placer clitoridiano. Lo que dice es que para tener una sexualidad adulta debe estar integrado todo el aparato genital, siendo la vagina no solo órgano sexual, sino también aquél que permite el placer adulto implicado en el vínculo. En ese sentido, y no en el de la inhibición de placer que algunas lecturas le han dado, el placer puramente clitoridiano, implica una sexualidad infantil.

Freud, entonces, nos habilita con un pensamiento que rompe con lo establecido como verdad en su época pero no puede, naturalmente, dejar de pertenecer a ella.

Sartre dirá, en relación al tema judío, tema de minorías también, que el verdadero demócrata no es aquél que dice «somos todos iguales», sino el que dice «*acepto al otro en tanto diferente*».

Cuando Freud muere, la humanidad está ya preñada de la revolución científico-tecnológica que hoy vivimos y ha producido formas de convivencia cada vez más individualistas. La sociología usa el término narcisismo, mostrándonos la profunda interrelación entre individuo y sociedad. El posmodernismo se nos instala en el consultorio bajo la forma de conflictos narcisistas. Nuevos modelos sociales dan lugar a estructuras psicopatológicas vinculadas a éstos. Las convulsiones históricas, producto de la represión sexual, dejan lugar a hombres y mujeres aislados, solos y deprimidos, que ejercitan su sexualidad al ritmo del consumo, como producto descartable, o de la marginación que inhibe todo vínculo creativo.

No se trata de enterrar a Freud, sino de incorporarlo, como Einstein hizo con Newton.

En todas estas cosas también nos hizo pensar Marie Langer, a quien tanto debemos por esto, y por lo cual la homenajeamos con afecto.”

RELATORA - La Psic. Julieta Lagomarsino nos traerá «El psicoanálisis desde la mujer».

“Como un modo de homenaje a las primeras mujeres que se dedicaron al Psicoanálisis, el propósito de mis palabras es -aproximándonos a ellas- preguntarnos acerca de cuáles fueron las motivaciones o qué circunstancias las llevaron al conocimiento y la praxis psicoanalítica; preguntarnos, en fin, por qué puerta entraron a ese mundo que durante décadas estuvo reservado exclusivamente a los hombres.

Quede claro, entonces, que no es el fin de esta ponencia hacer una minibiografía con los hechos y/o las obras de estas pioneras, pero si y, tal vez sin explicitarlo más que internamente, preguntarnos por qué estamos hoy aquí discutiendo sobre nosotras mismas, para concluir, quizá, que las causas de nuestra dedicación no son muy diferentes a las de aquéllas.

Nos dice Ana Fernández en su trabajo *«Historia de la histeria o Histeria de la historia: «La femineidad en conflicto, hablando por boca de la histérica es el objeto originario del psicoanálisis... Histeria y psicoanálisis en un mismo acto fundacional...»*.

Conocemos el hecho de que las primeras mujeres que aparecen en el escenario psicoanalítico lo hacen desde su rol de enfermas psiquiátricas.

Karl Kraus, el más célebre periodista polémico de Viena a principios de siglo, hizo comentarios muy acertados sobre las causas de la histeria, endémica entre las vienesas de clase alta. Casadas tempranamente en matrimonios concertados para formar dinastías con poderío económico, las frustraciones femeninas estaban aseguradas. A las historias de infidelidades de los maridos, por la frigidez de esas esposas que no podían acceder al goce -porque eso solo lo hacían las mujeres depravadas o lascivas- se sumaban las exigencias sociales de sus hijos y, más tarde o más temprano, las



*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

relaciones sexuales extramatrimoniales aseguraban la cuota de culpa necesaria para el desencadenamiento de la patología de la época.

Pero, ¿a qué nos lleva esta disgresión sobre las condiciones de la mujer burguesa europea de principios de siglo? ¿Es que acaso estamos insinuando que las primeras mujeres psicoanalistas estaban afectadas por problemas semejantes? ¿Y por qué no? ... O sí, si recordamos lo que Freud afirma en el penúltimo párrafo del historial de Frau Emy Von N. (rebatiendo las ideas de P. Janet, acerca de la *«degeneración que para él constituía la piedra de toque explicativa de la histeria»*).

Dice Freud: *«Si de la observación de la Sra. Cacilie M. habíamos inferido que una histeria de la forma más grave es conciliable con las más ricas y originales dotes -un hecho que por otra parte ponen bien en evidencia las biografías de las mujeres importantes para la historia y la literatura-, en la Sra. Emy Von N. teníamos un ejemplo de que la histeria tampoco excluye un intachable desarrollo del carácter y una vida consciente de sus metas»*.

*«Esta que nos tocaba conocer era una mujer sobresaliente: a ambos (Freud y Breuer), nos impresionó su seriedad ética, la concepción de sus deberes, su inteligencia y su energía directamente masculinas, su elevada cultura y su amor por la verdad; al mismo tiempo su bondadoso desvelo por las personas a su cargo, su intrínseca modestia y la finura de su trato la volvían inestimable en su condición de dama» ... «También debo confesar que en el historial de la Sra. Von N. no hallo nada de un rendimiento psíquico inferior»... «Durante el período de sus estados más graves ella fue y permaneció capaz de cuidar sus intereses en la dirección de una gran empresa industrial, no perdió de vista nunca la educación de sus hijas, mantuvo intercambio epistolar con personas de sobresaliente nivel intelectual; en suma: cumplía sus obligaciones a punto tal que su condición de enferma pudo permanecer oculta.»*

Resumiendo: Freud nos dice que las mujeres famosas de la historia y los personajes femeninos de la literatura, son generalmente histéricas; y que la histeria es compatible con una inteligencia creadora y una moral impecable. De la histeria a la normalidad y de ésta al genio creativo, ¿será demasiado suponer, entonces, que las primeras mujeres que accedieron al mundo del psicoanálisis participaban también de estas características? Las cualidades que parecen dar el aval para destacarse intelectualmente y desempeñarse en un quehacer que durante años fuera exclusivamente masculino, fueron también y evidentemente, patrimonio histórico-personal de las primeras psicoanalistas.

Si atendemos a los datos biográficos de las primeras mujeres integrantes del movimiento psicoanalítico, no es descartable la idea que entraran a éste por la puerta de sus propias patologías. Si agregamos a esto el interés epistemofílico que entraña el pretender develar los conflictos propios y los de los otros, podemos pensar que estamos frente a uno de los caminos reales que conducen al psicoanálisis.

De estas mujeres que no escapaban a la generalidad de las burguesas de su época, nacidas, además, en su mayoría, en los mismos tiempos en que Madame Bovary hacía su aparición paradigmática en el escenario literario, podemos rastrear datos que hacen a sus vidas y obras, y que, en lo posible, extraemos de sus mismos escritos.

Comencemos por *«ese diablo de energía»* como llamó Freud a Marie Bonaparte. Princesa acaudalada y modesta, despreció siempre las actividades frívolas de las mujeres de la burguesía, buscando desde niña, satisfacciones intelectuales, emocionales y eróticas. Frustrada en las relaciones con su marido, en 1925 cuando Laforgue se la menciona por primera vez a Freud, diciéndole que *«padece una seria neurosis obsesiva, que no ha dañado*



*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

su inteligencia, pero si perturbado un tanto el equilibrio de su psique».

Freud, que no se dejó impresionar por los títulos de la descendiente de Napoleón, aceptó tomarla en análisis durante dos meses. Un mes después de comenzado el tratamiento, hace este comentario sobre «la querida Marie»: «...es una mujer muy destacada, mucho más que una mujer con rasgos masculinos». Al decir de Peter Gay, «el análisis no le curó la frigidez pero le proporcionó un propósito firme en la vida y la amistad paternal que no había conocido, amistad con la que fue devota y solidaria hasta esos últimos episodios referidos a la ayuda invaluable que Marie prestara a Freud para hacer posible su exilio en Londres.»

Fundadora del movimiento psicoanalítico francés, autora de varios trabajos, entre los cuales destacamos «La sexualidad de la mujer», es evidente su adhesión a outrance a las ideas freudianas, tema al cual le imprime giros propios. Dividió a las mujeres entre las clitoridianas y vaginales (maduras o inmaduras genitalmente, capaces o no de acceder a un orgasmo «adecuado», es decir, vaginal). Recurrió a experiencias audaces que se concentraron en clitoridectomías que practicaba un médico vienés llamándolas «adaptación autoplástica». (La intervención consistía en la sección del ligamento superior del clitoris que quedaba fijado a planos más profundos y cercanos a la vagina y acortamiento de los labios pequeños). Estas operaciones se hacían en el supuesto de que así se eliminaría el infantil placer orgásmico clitoridiano y se concentraría la libido en la vagina, como correspondía a una mujer genitalmente adulta.

«La envidia del pene no crea la femineidad, sino que la expresa; no está negada su existencia, pero se ubica dentro de una fase normal del desarrollo femenino. Rechazo la idea de que esa envidia conduzca a las mujeres a repudiar su femineidad, por el contrario, podemos ver

que la envidia del pene de ningún modo excluye el apego amoroso al padre, profundo y completamente femenino». Estas palabras las pronunció Karen Horney en 1922 en el Congreso Psicoanalítico de Berlín, presidido por Freud. Mezcla de respeto y desacuerdo con las ideas del maestro, a quien citaba respetuosamente en la esencia misma de sus postulados sobre la envidia del pene, ella asimismo se quejaba amargamente de que *«tal vez fuera el narcisismo masculino el que había llevado a los analistas a aceptar el concepto de que las mujeres (y la mitad del género humano es femenino), estaban descontentas con el sexo que el destino les había otorgado»*. *«La conclusión que los analistas han extraído con respecto a las mujeres es decididamente insatisfactoria, no solo para el narcisismo femenino, sino también para las ciencias biológicas»*. La reivindicación del género femenino se da también cuando Karen Horney denuncia que solo las mentes de los hombres y los niños varones eran objeto de investigación, obviamente porque el psicoanálisis es la creación de un genio masculino y casi todos los que han desarrollado sus ideas son hombres.

Ideas que fueron retomadas por analistas como Christianne Olivier, como cuando Karen Horney afirma que *«hablar del masoquismo natural de la mujer es tan tendencioso como desvalorizar la maternidad, un hecho de la naturaleza por el cual la mujer es evidentemente superior al hombre: se trata de una aptitud que los niños envidian a las niñas...»*

Disidencias con Freud, algunas menores, las más, disimuladas, pero que permitieron la apertura a pensamientos y posturas diferentes; es ella quien afirma que *«la mujer es una criatura tan digna como el hombre por ocultos que estén sus genitales y por arduo que sea su trabajo destinado a transferir al padre el amor inicial por la madre»*.

Lou Andreas Salomé: *«La Musa»*, *«una mujer de inteli-*



La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico

*gencia altamente peligrosa»* llegó a Viena en el otoño de 1912 con más de 50 años. Espectacular y seductora mujer de letras, excéntrica coleccionista de amantes famosos, la llevaba el deseo de estudiar psicoanálisis con esa *«increíble capacidad de asimilar ideas nuevas»* que le adjudicara Otto Rank.

Ya en conocimiento de los escritos de Freud, su adhesión a él no fue inmediata, coqueteó con las ideas de Adler, pero pronto dejó de apoyarlas expresando que le faltaba intuición, que no dejaba espacio para las teorías sobre la libido...en fin, Freud ganó la adhesión de esta mujer que en su autobiografía dice refiriéndose a él: *«Por su alegría de pensar y su curiosidad de investigador, emanaba de su ser una cuota tan poderosa de su capacidad de amar, de su impulso de dominar las cosas, que no le importaba de ningún modo el lugar que ocuparía en la valoración o el juicio de los hombres»*. Y, esa valoración o censura, tal vez le preocuparía a Lou Andreas, quien departía con sus colegas hombres en un lenguaje que a ellos les asombraba por su crudeza. Nos dice: *«...ellos son el sexo débil, considerados desde la perspectiva no cultural y narcisista de la mujer, que quizá no alcance las más elevadas intuiciones del espíritu, pero que, en contrapartida y, por esa misma razón, basa su esencia en una intuición de orden vital y espiritual a la vez»*.

En «La mujer como mascota», leemos: *«en realidad, el deseo de convertirse en la esposa de un neurótico, no sería sino el deseo de curación. Y siempre una aspiración a la felicidad. Pues allí tan solo la sexualidad no supone una renuncia a los límites del Yo, no constituye un dilema; por el contrario, se mantiene como patria de la personalidad en la que puede incluir todas las sublimaciones del espíritu sin abandonarse a sí misma»*.

La mención especial de estas tres mujeres no supone de modo alguno un criterio sobrevalorativo que excluya a otras, como Jeanne Lampl de Groot -quien, convertida



en el eco de Freud- afirma que *«en sus primeros años de niña pequeña se comporta exactamente como un niño, no solo en la cuestión de la masturbación, sino también en otros aspectos de la vida mental: por su meta amorosa y su elección de objeto, ella es en realidad un pequeño hombre»*. O sobre Helene Deutsch, médica polaca, fundadora del Instituto de Psicoanálisis de Viena, analizada de Freud y fiel sustentadora de las ideas de éste respecto a la evolución psicosexual de la niña y la envidia del pene.”



**RELATORA** - La Psic. Mirian Núñez abordará *«Melanie Klein: sus aportes al estudio de la femineidad»*.

“Mujer que le da un lugar privilegiado a la mujer, me corrijo, a la madre y a su cuerpo.

Ella y Otto Rank fueron ambos, los primeros herejes en destacar la importancia de esa primera relación, madre-niño.

¿Cómo llega a sus teorizaciones? Desde su patología, desde la observación de sus propios hijos, desde la clínica y desde el análisis de Rita que la introduce especialmente a los planteos de cambios. Pero esto no es suficiente. Su propia historia condiciona y determina sus posibilidades, sus hallazgos y sus enfrentamientos. Ella va observando y van sucediéndose cosas. Esto la obliga a repensar, a elaborar situaciones y así va escribiendo, tal vez en forma desprolija y desordenada.

Nos gustaría profundizar en detalles apasionantes de su vida y su historia, de sus hazañas, sus audacias y luchas. Pero no es posible hacerlo aquí. Daré unos breves pincelazos, a fin de realizar apenas un bosquejo.

Mujer emprendedora, luchadora e inteligente, Melanie Klein fue considerada durante años la gran hereje del movimiento psicoanalítico internacional. Interesada por el psicoanálisis, logra profundidades ante las que el propio Freud había retrocedido. Para algunos éste ha-

*La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico y epistemológico*

